



LA DIALÉCTICA TRIDIMENSIONAL DE LA RESISTENCIA A LA DESAPROPIACIÓN EJIDAL: DE LO MATERIAL A LAS IDENTIDADES

THE THREE-DIMENSIONAL DIALECTA OF RESISTANCE TO THE EXPROPRIATION EJIDAL: AS A MATERIAL IDENTITIES

Jesús Moya-Vela

Profesor por honorarios en el Instituto Edison y Coordinador del área de Ciencias Sociales del Instituto Educativo de Zacatecas y profesor Investigador en la Universidad Autónoma de Durango *Campus* Zacatecas. Correo electrónico: jesus.moya@iez.edu.mx y jsbagh@hotmail.com.

RESUMEN

El presente ensayo, desarrolla una propuesta epistemológica y metodológica que permita realizar estudios de caso muy particulares de la realidad campesina mexicana. Las reformas legales y económicas de las que fue parte durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, permiten hoy día la venta del ejido, sin embargo, se han presentado casos atípicos de negación a desapropiarse de la parcela. Se asume que un factor de importancia es la identidad campesina, ya que el arraigo, manifestación conativa de dicho factor psicológico, arremete contra las investidas o demandas por la movilización de la parcela campesina. Identidad, que por derivarse de una actividad económica, es esencialmente material, es decir, es un aspecto de la realidad campesina con rasgos espirituales, subjetivos, pero con origen en su contrario dialéctico, la materialidad. Este primer acercamiento a un problema, diseñado a partir de prácticas concretas de investigación y para resolver la interrogante sobre la negación a la desapropiación de la parcela, requirió, por conclusión y como propuesta, su diseño en tres dimensiones, que en alegoría, representan sus tres principales pares dialécticos: primero, la historicidad a nivel de totalidad y de lo concreto de la realidad campesina y del estudio de caso en particular; segundo, la materialidad y la espiritualidad, o bien la identidad material o económica implícita en la negación de un campesino por vender su tierra; y el tercero, que es la síntesis de los pares dialécticos anteriores, el trabajo transdisciplinario entre la economía política, la historia y la psicología social.

Palabras clave: Dialéctica tridimensional, identidad material campesina, transdisciplina, marxismo, interaccionismo simbólico.

SUMMARY

The following essay develops an epistemological and methodological proposal to allow the carrying out of case studies in the real Mexican peasantry. The legal and economical reforms during Carlos Salinas de Gortari government, allow today the land sell, how ever, there have been atypical cases of those who do not want to dispossess from their land. It is assumed that an important factor is the peasant identity; due to the roots, an attempt of this psychological factor, who attack or demands for the mobilization of peasants plot. Identity, that because it's derivate from economical activities, is essentially material, it's an aspect of peasants reality with spiritual, subjective, but wit it's origin in their opposite dialectic, the materiality. It's first approach to this problem, design starting from certain practices of investigation and to solve the question

about the negation of the dispossession of their land, require, the design of three dimensions, that represents it's three main dialectical pairs: first, the historical reality of the peasantry society; second the materiality and the spirituality, or the economical negativity against selling their land. Third, the three facts involve between the economical and psychological statements, the transdisciplinary work between economical politics, history and social psychology.

Key words: Tridimensional dialectica, peasantry material identity, transdisciplinarity, marxism, symbolic interaction.

INTRODUCCIÓN: PREOCUPACIÓN INICIAL

Es indudable que las dinámicas sociales a nivel macro trastocan hasta lo más íntimo e ínfimo de lo social, así, encontramos al universo campesino sometido a las fuerzas que las coyunturas políticas y económicas presentan a nivel mundial, nacional y local. En este sentido, aunque ya es posible privatizar el ejido, lo anterior no sucedió como se pensaba o a la velocidad predicha (Varo Berra, 2002).

Definitivamente las causas son muchas, entre ellas la necesidad del capital de mantener al ejido existente como un medio de retención sumamente deficiente de la población (Figuroa, 1986), así como una vía para la administración de la pobreza. También, por otro lado, porque al capital le son indiferentes las tierras debido a que significa dar nula movilidad a la inversión que se dedicó a la compra, dejando su intervención a la asociación o renta con ejidatarios, importándole sólo lo producido por la parcela y el trabajo jornalero, para así obtener ganancias y beneficios sin la necesidad de quedarse con una tierra que posiblemente no rendirá frutos en la dinámica económica actual; o bien, porque algunas tierras mexicanas son de pésima calidad, razón por la cual no son atractivas para su compra.

Por otro lado, se han presentado opiniones respecto a que al campesino le es cada vez más

indiferente su tierra (Gutiérrez, 1999), trastocando su interés por conservarla y con más razón por labrarla. Esto debido a lo inconveniente de la situación agraria en el país en una vorágine neoliberal que no le importa la suficiencia alimentaria, así como la situación económica y social de la clase campesina, orillándole a dedicarse a actividades distintas a labrar la tierra, trastocando en su identidad y sentido de pertenencia o arraigo. Desde esta visión, lo campesino está en un proceso de descampesinización.

Aunque todo lo antepuesto es cierto y no se pretende negarlo, lo cierto es también que no explica el todo, ya que sí la afirmación anterior fuese falsa, las posturas expuestas chocarían por completo con la realidad, con un Atenco, con un Chiapas, las variadas comunidades en Oaxaca, como lo son las experiencias de El Charis y Emiliano Zapata (López Sierra y Moguel, 1998), así como el caso de los campesinos de San José Chiltepéc, San Bartolo y Santa Catarina en Tuxtepec (Zafra y González M, 1998), San Juan Huiluco (Pérez, 2001) y Telolotla en Puebla (Quintana, 2001), el ejido Buaysiacobe en Sonora (Romo, 2001), el ejido Santa Inés Oacalco en Morelos (Concheiro, 2001), con una sierra Tepehuana, una Sierra de Morones o un Francisco E. García en Zacatecas, lugares donde se presupone que por sus características históricas, respecto a su conformación y devenir como ejidos o propiedad comunal, la tierra toma un sentido diferente, es centro y periferia, es decir, es fundamental para la identidad y pertenencia del campesino, razón por la cual su conservación se vuelve un elemento y proyecto económico, político, social y personal de importancia.

Este ensayo es un primer atisbo de un marco explicativo que permita teorizar y problematizar estos casos “aislados”, tratando de resolver lo inconcluso por aquellas posturas microsociológicas que no van más allá de un estudio meramente local sin tomar en cuenta las dinámicas sociales de mayor envergadura, así como también de aquellas investigaciones que pretenden hacer generalizaciones, que por medio de métodos característicos de este tipo de trabajos creen explicar la totalidad, o por lo menos que lo único digno de discusión teórica son aquellas manifestaciones sociales que pueden ser

consideradas como típicas, donde lo típico es el todo (Aguirre Rojas, 2004).

Así, he aquí la necesidad de un marco teórico que comprenda la dialéctica de estos dos niveles de problematización e investigación, que elimine no sólo el presupuesto epistemológico anterior, sino también el de un inductivismo ingenuo en el cual, como bien señala Chalmers (1999), se parte de los hechos particulares, concretos, observables, para después subir al nivel teórico, a la construcción de teorías y leyes para, por último, volver a bajar a lo particular para poder explicarle y predecirle. Es decir, hacer a un lado el prejuicio de que la construcción e indagación de los problemas de investigación parten y deben partir siempre de los hechos para después ir a la construcción teórica y así, por última faceta, lograr su entendimiento y control. Una metodología, por lo tanto, también fundamentada en una ontología no de certeza, sino, por el contrario, en la constante incertidumbre de la realidad social (Wallerstein, 2002).

Se propone el método dialéctico para superar los problemas epistemológicos y ónticos mencionados. Para resolver la cuestión de lo particular o local sin una efectiva contrastación con el todo, se propone un ir y venir metodológico constante entre la parte y el todo, en el entendido de que “Lo concreto es lo concreto... [es decir lo local, lo particular, la parte del todo]... porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, la unidad de lo diverso.” (Marx, 2001: 16) A lo que se refería Marx es precisamente a entender que la parte, lo concreto, es reflejo de un todo, es decir, que así como la totalidad social contiene a lo concreto, lo concreto, sin preocupación alguna por la perogrullada, contiene también al todo. De ahí la necesidad de ir y venir en espiral hasta donde sea necesario, para lograr la comprensión de las distintas realidades sociales, es decir, lo concreto.

Para la segunda cuestión, la respuesta es la misma, donde lo sugerido es que lo concreto sirva para la construcción teórica de su misma explicación, pero sin detenerse en una sola vuelta de la espiral dialéctica, ya que se cree necesario un ir y venir constante que permita revalorar las explicaciones teóricas con la realidad concreta en cuestión, lo que implica entender la importancia

de la práctica en el sentido investigativo como intermedio para deshacerse de prejuicios meramente teóricos, que no pasan de la reflexión de escritorio o cubículo sin una idea clara de las diversas realidades debido al nulo contacto con ellas; así como las insípidas descripciones de trabajos de investigación que por no rebasar lo resuelto en el trabajo de campo, delimitan la comprensión de una realidad determinada. O bien, dicho de otra forma, lo que se propone para superar este punto es una destrucción de lo pseudoconcreto (Kosik, 1967).

La dialéctica tridimensional de la negación a la desapropiación ejidal

Basándose en lo expuesto, la problemática se entiende, en un primer momento, como una espacialidad de dos dimensiones dialécticas.

Primer plano dialéctico

En un primer plano se traza aquella dimensión o par dialéctico que comprende la gran totalidad nacional respecto a la problemática, por un lado, y la realidad concreta, particular, respecto a la misma problemática, por el otro, quedando esbozado de la siguiente manera:

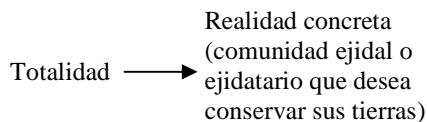


Figura 1. Primer plano dialéctico.

Donde la totalidad nacional, en resumen, comprende a un campesinado mexicano devastado por la crisis económica que el país viene arrastrando desde finales de los sesenta como consecuencia de una economía subdesarrollada, la cual es así por carecer de una organización eficiente del trabajo general: creación y coordinación de ciencia y tecnología propia de un sistema social destinada al diseño y creación de procesos productivos (Figueroa, 1986). Economías caracterizadas por tener una población entorpecida para encontrar un resquicio para vender lo único que la separación entre el trabajo y los medios de producción le ha dejado,

orillándoles a actividades como la agricultura de subsistencia. Economía que, al irse afectando a raíz de las reformas económicas, sociales y políticas neoliberales aplicadas a inicios de los ochenta en México, trajo una serie de transformaciones al sector agrario. Como lo fue al artículo 27 constitucional.

A sabiendas de que a partir de dicha reforma es posible que el campesino pueda vender su parcela, lo cierto es que el ejido en el país aún no ha desaparecido. Algunos aseguraban que las reformas al 27 representaban una demanda ávida de tierras, aunque la justificación de estas fuese la crisis que el agro ha venido atravesando desde hace más de cuarenta años. Con todo y las malas intenciones que tienen hacia la “reforma” salinista al 27 constitucional aquellos que no quisieran ver desaparecer al ejido, la privatización en masa no se ha presentado, de hecho, para el 2001 no se había privatizado ni el 1% de ellas (Varo Berra, 2002). Empero, lo anterior no ha significado la nula movilidad de la tierra. Para el censo ejidal 2007, se reportan de un total de 31 518 ejidos del país, de los cuales 20 990 son ejidos que han pasado por un proceso de compraventa de parcelas, sin embargo, cabe mencionar que de dichos ejidos, en 12 662 la compra fue realizada por ejidatarios, 2 338 por vecindados o posesionarios y el restante por personas ajenas a los ejidos (IX Censo Ejidal, 2008).

Otra manifestación, consecuencia de todas estas transformaciones socioeconómicas, es el hecho de que el mexicano ha dejado de ser, cada día más, un personaje dedicado a la producción campesina, así, para 1900, tres de cada cuatro mexicanos vivían en el campo, mientras que para el 2000 sólo uno de cada cuatro lo hace (Warman, 2001). Pero para no mal entender los números anteriores, habría que puntualizar. La disminución de la población agraria es una consecuencia del desarrollo del capitalismo como modo de producción histórico y mundial (Wallerstein, 2002), sin embargo, en cada formación social el comportamiento de este sector es peculiar. En México, durante sus años económicos dorados (entre las décadas de los cuarenta y los sesenta), la población tendió a retenerse en el campo (cuadro 1), ya que el modelo asistencialista de crecimiento lo permitía.

Cuadro 1. Porcentaje de población ocupada por sector 1940-1964.

| Año | Agricultura | Industria | Servicios |
|------|-------------|-----------|-----------|
| 1940 | 65.4 | 12.7 | 21.9 |
| 1950 | 58.3 | 15.9 | 25.7 |
| 1960 | 54.1 | 19.0 | 26.9 |
| 1964 | 52.3 | 20.1 | 27.6 |

(Hansen, 1996: 59)

A la entrada del neoliberalismo en México y a la caída de programas como el reparto agrario, la protección de precios al campo, la inversión estatal en rubros sociales y de producción así como la gradual desaparición de instituciones gubernamentales encargadas del sector agrario (todas medidas de control económico, político y de regulación social), ésta situación se transforma, ya que al ser poco probable hasta la supervivencia misma en el campo, el ejidatario decide dedicarse a otra cosa, dejando la tierra sin labrar. Un dato que podría dar cuenta de lo anterior, es el hecho de que para 1970 la población rural aumentó a una tasa anual del 1.2% (2.6 millones de nuevos habitantes), cayendo la cifra considerablemente para 1980, siendo del 0.3% la tasa anual de crecimiento (Warman, 2001). Para inicios del siglo XXI la situación cambia muy poco, la tasa anual de crecimiento de la población en general es menor al 1% entre 1998 y 2005, donde dos terceras partes es básicamente urbana y el resto rural, en contraste con la tasa de desocupación, donde el sector rural presenta un 3.6% (Rionda, 2008).

Sin duda los determinantes respecto a las especificidades de la migración son variados. La migración en México no es uniforme, ya que se presenta diferenciada por regiones; verbigracia es el contraste entre el occidente y el oriente del país, donde en la primera su presencia es de mayor envergadura. Lo anterior:

“[...] por el nexo regional con las economías foráneas como los mercados locales, la vocación industrial, los móviles personales y familiares, la situación de empleo y desempleo, el nivel remunerativo, las oportunidades, la información, pero sobre todo los canales de migración previamente establecidos entre migrantes, sus lazos consanguíneos y fraternales, y la

seguridad y ventaja que implique la migración.” (Rionda, 2008: 8).

Respecto al sector agrario es posible mencionar, además, otros factores asociados, donde el eje sobre el cual giran es sin duda la política de “libre mercado”. La tendencia a reducir las políticas de protección en la producción y comercialización de alimentos, la importancia de las remesas ante un campo desgastado y pobre, el efecto de la tecnología agrícola, así como los cambios legales respecto a la propiedad han favorecido a que pequeñas localidades, como las ejidales, tiendan a desaparecer (Rionda, 2008).

Sin embargo el ejido, en general, ha persistido a pesar del éxodo poblacional y la crisis económica y política que actualmente atraviesa, debido, como ya se mencionó, a que no hay un ferviente deseo por su compra, ya que representa una medida de control y administración de la pobreza, con todo y la posibilidad de que el ejidatario quiera vender su tierra, haciendo de éste un proceso lento.

Mas, hay comunidades ejidales o comunales que le han sido atractivas al capital (ya sea nacional o internacional), y que han decidido, aun siendo focos de ofertas de compra y acciones reales de represión por parte del gobierno, a no vender la tierra, como es el caso de Atenco en el Estado de México.

En octubre del 2001, el gobierno de Vicente Fox anunció el interés económico y estratégico de construir un aeropuerto internacional que cubriera todas las necesidades que el actual aeropuerto de la ciudad de México no podía satisfacer. Según lo proyectado, el lugar adecuado eran las parcelas de los ejidatarios de San Salvador Atenco. Las seis pistas con las cuales contaría necesitaban un total de 5 000 hectáreas, las cuales se quisieron obtener de 13 comunidades ejidales, siendo necesario desalojar a un total de 4 375 familias. Ante esto, los habitantes del municipio se manifestaron con marchas y machete en mano para dar cuenta de su inconformidad declarándose en resistencia. Para continuar con lo planeado, el gobierno ofreció a los ejidatarios la cantidad de 7 pesos el metro cuadrado, cuando el presupuesto para el aeropuerto ascendía a un aproximado de 2 billones de dólares, así como la posibilidad de darles trabajo en el mismo. El futuro económico,

material de los campesinos, desde la monserga gubernamental, estaba completamente asegurado. Las respuestas no se dejaron esperar, manifestándose con el enfrentamiento directo ante las autoridades y los cuerpos policíacos así como por medio de múltiples declaraciones por parte de los lugareños:

“La mayor parte de los ejidatarios tenemos entre 45 y 84 años. ¿En qué vamos a trabajar? ¿Quién nos va a emplear? ¿Acaso estamos capacitados para algún empleo dentro del aeropuerto? Ahora en una empresa para trabajar de barrendero, piden preparatoria, y nosotros, si acaso, sabemos leer y escribir”.

“No está bien que después de ser dueños terminemos como empleados de segunda”. Un ejidatario de 70 años, con 10 hijos y una pequeña parcela, dijo que “la tierra no tiene precio” cuando le preguntaron cuánto iba a ganar si la vendía. Agregó “Y además yo no la vendo [...] No le sacamos dinero. La tierra es nuestro sustento. Aquí vivimos al día [...]”. Otro le dijo a la tele: “Aunque nos ofrecieran millones no venderíamos la tierra.” (El Obrero Revolucionario, 2002: 3-6).

¿Será que el municipio de San Salvador de Atenco está fuera de la dinámica nacional?, ¿será que los campesinos de Atenco prefirieron continuar con sus tierras ejidales en lugar de convertirlas en un aeropuerto debido a que sigue siendo tierra de bonanza? Lo anterior es completamente negable, y sin embargo, ¿cuál es la razón, si es que es una comunidad ejidal trastocada por las políticas neoliberales, para que se resistieran a malbaratar la tierra y seguir produciendo en ella? La respuesta parece ser sencilla: por un fuerte sentimiento de identidad como campesinos atenquenses y arraigo a la tierra, lo cual no se pretende discutir. Pero, como objeción a lo anterior, habría que preguntar sobre los campesinos ejidales que ya no han querido trabajar su parcela decidiendo migrar o bien dedicarse a otra actividad diferente a la producción agraria, ¿tienen una identidad diferente a la campesina?, o en comparación con aquellas comunidades que han decidido resistir ¿tienen “más o menos” identidad o arraigo a la tierra?, ¿carecen de la misma?, ¿será que aquellos

que han decidido vender cuando pudieron o bien migrar, son los únicos campesinos que pueden ubicarse dentro de la dinámica nacional?, ¿son las únicas partes que el todo contiene? No, aquí se sostiene que no, de hecho, presupongo también que toda la dinámica nacional provocó tanto la situación de los casos más típicos respecto a los ejidos en México como aquellos que tampoco lo son, es decir, ambos tipos concretos son reflejo del todo y este de ambos tipos concretos, también, siendo esto último el segundo polo del primer plano dialéctico (*realidad concreta*).

La cuestión consiste, en lo que a este problema respecta, en resolver, teóricamente, la dialéctica del primer plano *totalidad nacional-realidad concreta*, en donde la realidad concreta (la de la resistencia a la privatización) no cuadra, contradictoriamente, con el contexto y la dinámica nacional. Pero aunque pareciera irresoluble, lo cierto es que la finalidad del método dialéctico consiste precisamente en la superación de las contradicciones dialécticas, así, retomando a Pablo Fernández Christlieb (1994), una forma de superar un limitado modelo de sólo dos elementos de problematización teórica, es agregar un tercero, es decir, convertir el primer plano diádico en una triada.

Para entender porque es que una comunidad como Atenco decide resistirse a la privatización o al olvido del trabajo campesino, en contraste con la dinámica ejidal nacional, se tiene que hacer, metodológicamente, un estudio histórico no sólo de las determinaciones nacionales, sino también, y especialmente, de la comunidad “atípica”, es decir, someter lo concreto a un estudio histórico, lo que permitirá entender las particularidades de la comunidad ejidal y comunal respecto a su identidad campesina y arraigo. Así pues, el primer plano dialéctico se sintetiza de la siguiente manera:

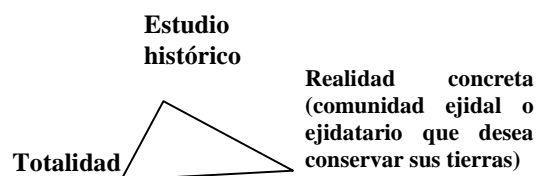


Figura 2. Primer plano dialéctico sintetizado.

Si el aspecto histórico es un elemento fundamental para comprender la dinámica de estos ejidos atípicos, por lo tanto, será imposible creer que lo que sucede con los productores de Atenco es exactamente lo mismo respecto a lo que sucede en cualquier otra comunidad o ejido en resistencia, o bien en una actitud de simple negación a la desappropriación de su parcela en cualquier otra parte del país. Aunque ambos tipos de comunidades tienden a negarse a ya no tenerla y/o a dejar de trabajar la tierra, las razones serán distintas aunque partan de un supuesto fundamental: el contexto económico, político y social nacional; ya que las historias particulares son siempre distintas. En este sentido, el estudio histórico, de lo que sucede en México y en las realidades concretas, se vuelve fundamental para entender no sólo la de estos ejidos o campesinos, sino también, su singularidad y diferencia respecto a las historias diversas de los ejidos en el país. Y en retroceso, en la espiral dialéctica, lo anterior permitirá entender también por qué en el todo, en la realidad nacional mexicana, hay casos de negación a la venta, y por qué no, de resistencia y movilidad social que giran en torno a la problemática de la propiedad agraria, es decir, que lo concreto permitirá explicar también al todo, un ir y venir hasta la construcción y resolución teórica de ambos puntos del primer plano o dimensión dialéctica.

Lo propuesto es examinar, históricamente, al ejido en cuestión bajo el contexto de un modelo económico anterior al actual, para así entender cómo es que han venido funcionando y diferenciarlo. La tendencia del Estado y su papel hacia el agro, la lucha de clases, las relaciones de poder, las crisis económicas del capital y sus consecuentes coyunturas, etc., todo bajo un modelo que fundamentó el crecimiento económico del país en la sustitución de importaciones y la protección del mercado interno, contrastándolo con las transformaciones en el modelo, aunque en proceso de desgaste, aún contemporáneo, neoliberal y completamente distinto.

Pero si la comparación entre lo pasado y lo presente es una herramienta fundamental para entenderles mutuamente, y por lo tanto, para el análisis histórico (Bloch, 1994), la propuesta consiste también en sostener el estudio en una historia que tome en cuenta tanto los hechos y

personajes importantes, así como los grandes y pequeños indicadores que den cuenta de la realidad a tratar. Mas, quedaría incompleto si no se considera también la percepción histórica de los sujetos, de aquellos actores que forman parte del devenir, que no tienen voz mas cuando se les otorga el reconocimiento de agentes sociales, que aunque subalternos, siempre es trascendental su interpretación de lo vivido, así como sus razonamientos y afectos desatados por toda una serie de factores históricos que llegan a determinar su decisión respecto a vender o no su parcela. Una historiografía hecha bajo principios críticos que tome en cuenta no el tiempo medible, cronológico, sino a los distintos tiempos históricos, coyunturales y preceptuales (Aguirre Rojas, 2006).

Lo anterior respecto a la *totalidad nacional* y la *realidad concreta* teniéndose que centrar, en esta última, en sus peculiaridades, como por ejemplo si la comunidad es ejidal o comunal, si son de origen indígena o no, si la tierra se consiguió por medio de la lucha o sólo por repartimiento por parte del Estado, si quienes poseen las tierras son quienes fundaron la comunidad o si la heredaron de sus padres, como se involucran en la lucha de clases y como son sus relaciones internas y externas de poder, etc., para por último, hacer una línea entre los polos del plano dialéctico, gracias al estudio histórico, que permita comprender por qué es que una totalidad como la mexicana ha producido concreciones “atípicas” como las expuestas.

Los dos párrafos anteriores, señalan la necesidad de apoyarse en aquellos estudios o análisis históricos negados a ser una simple literatura narrativa sumamente prescindible para el logro de una verdadera comprensión social, para así, aprehenderle, a lo social, en toda su complejidad, tomando en cuenta todos los aspectos sociales, políticos, económicos, culturales y psicológicos relacionados, lo que implica, por lo tanto, la negación de las delimitadas y limitadas explicaciones que la terca usanza actual de la disciplina científica produce (Aguirre Rojas, 2005).

Segundo plano dialéctico

Si se parte de la hipótesis central de que elementos psicológicos como la identidad o el

arraigo, producto de una memoria colectiva e historia común de campesinos que han vivido en conjunto una realidad concreta, son elementos fundamentales para explicar la negación a la desapropiación y a seguir trabajando la tierra, y que dichos elementos psicológicos son producto de una actividad económica específica que es la campesina, hablando así de una identidad del campesino, el problema epistemológico se vuelve ahora más complicado. Pero antes de intentar resolverle y proponer el segundo plano epistemológico, habrá que desarrollar la preocupación que produjo el problema mencionado.

Toda persona conforma su personalidad, cosmovisión y práctica diaria, en gran parte, basándose en los componentes de su identidad. Ésta es entendida como una serie de factores subjetivos, internalizados, que determinan los rasgos de todo sujeto social respecto a cultura, tradiciones, expresiones lingüísticas, artísticas, políticas, pragmáticas, etc., que le definen como parte de un grupo social, desatando en él sentimientos de pertenencia, solidaridad, arraigo y definición de sí en comparación con los que considera sus homólogos, sus idénticos y, en contraposición, con aquellos que considere diferentes.

Todos estos elementos subjetivos llevan a la conformación de identidades variadas, según los distintos grupos de los cuales una persona sea partícipe (Tajfel, 1997), desde identidades de género, religiosas, generacionales, políticas, nacionales, etc., donde la identidad individual estará compuesta por el cruce constante de todas aquellas identidades (Valenzuela, 1998) que caracterizan, en términos subjetivos, a toda persona como parte de un sistema social determinado.

Pero al referirse a una identidad campesina el problema se vuelve más complejo. Más allá de la identidad política campesina que, como por ejemplo en México, ha prevalecido constituida por el Estado manejando códigos y símbolos vía sus aparatos ideológicos, o bien, de aquella identidad social que vía la comparación intergrupo o interclasista coadyuvan al establecimiento de identidades colectivas, el ser campesino es, ante todo, una actividad económica (Calva, 1998).

La manera en como una persona satisface sus necesidades más fundamentales, en un periodo histórico y contexto social específico, determina el rol social del cual será parte en las distintas relaciones sociales, es decir, lo establece, en conjunto con muchos otros factores, como sujeto. Así, el campesino es también parte de este proceso en el entendido de que es básicamente, de principio y esencia, un agente económico, conformándose por tal principio, en una clase social.

Aquí radica la contradicción epistemológica y óptica en segundo plano. Si el problema a investigar tiene que ver con la negación de un grupo de campesinos a la desapropiación ejidal, dándole como respuesta, parcial e hipotéticamente, que esto se debe a su identidad y arraigo a la tierra, donde el ser campesino es básica y esencialmente una actividad económica, y siendo la identidad, como mencioné anteriormente, un conjunto de procesos cognitivos, subjetivos, lingüísticos, propios de la espiritualidad humana, ¿cómo resolver una problemática (negación a la privatización) fundamentada por un principio meramente subjetivo (identidad, arraigo y memoria colectiva), cuando dicha subjetividad es producto de una dimensión meramente material o económica (producción campesina)? ¿Cómo es posible explicar una identidad, que por esencia conceptual es psicosocial, vía su supuesta manifestación económica?, ¿cómo es que una clase social, constituida como tal por su materialidad económica, se convierte también en un grupo social de similitudes subjetivas? Lo anterior en el supuesto óptico de que la espiritualidad tiene una relación directa con la materialidad, y viceversa. Y si fuese así, ¿cómo es dicha relación?, ¿cómo una actividad económica determina la identidad de un sujeto?, ¿cómo el campesino llega a ser campesino en términos subjetivos? Y para el interés de la investigación presente, ¿si todo lo anterior fuese resuelto, filosófica, teórica y metodológicamente hablando, en realidad es un factor de relevante importancia en las decisiones de un campesino respecto de vender o no su tierra?

Con todo, el concepto de identidad social se vuelve importante para la comprensión de la identidad campesina. Todos los factores

sociolingüísticos y psicosociales son fundamentales para su conformación, sin embargo, el concepto requiere entenderlo no únicamente como una identidad social en sí, sino primitivamente como una identidad económica, es decir, producto de toda una serie de factores y relaciones sociales íntimamente correspondidos con el modo de producción imperante, desatando en su continua dinámica, múltiples factores subjetivos.

Sólo es campesino aquel que cubre ciertas características respecto a su rol en la producción, de los cuales es dueño disfrutando de sus beneficios libremente aplicando su trabajo directamente sobre ellos, así como a su relación con el mercado, la cual le impone la subordinación, en el modo de producción mundial imperante, al capital, ya que es por medio de éste que se le expropia el valor de su trabajo encarnado en las mercancías que produce (Calva, 1998).

Nótese que en lo desarrollado hasta el momento ya se hace una afirmación, lo material produce a la subjetividad, al pensamiento o la ideología (Marx y Engels, 1987), pero toda postura de mera determinación económica resulta ramplona para la explicación de problemáticas particulares donde lo subjetivo impacta también en lo estructural (no venta-sí producción). La reflexión trae como consecuencia el segundo plano o dimensión dialéctica: *materialidad-identidad (espiritualidad)*.

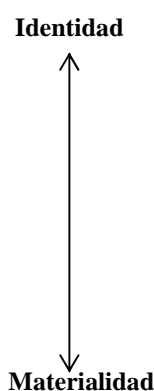


Figura 3. Segundo plano dialéctico.

La propuesta general para sintetizar este segundo plano, consiste en el trabajo transdisciplinario, es decir, asumir que la complejidad de la problemática campesina, respecto a su identidad y negación a la desappropriación, requiere de una visión epistemológica que rebase las propuestas teóricas que abarcan sólo uno de los puntos del plano dialéctico *materialidad-identidad (espiritualidad)*. Es decir, se vuelve insuficiente la conceptualización teórica de una propuesta socioeconómica cuando otro de los conceptos de importancia es de tipo psicosocial. Así, lo anterior se debe a que son elementos contradictorios pero también complementarios de una realidad, la campesina, realidad que, más que negar ambos puntos del plano dialéctico, es unidad de lo diverso, la realidad concreta en sí.

Lo anterior exige entonces el olvidarse de los viejos prejuicios disciplinares, donde las epistemologías coartan el trabajo científico y un acercamiento a la comprensión de las distintas realidades sociales, ya que no toman en cuenta los diferentes factores implicados en su complejidad. Lo que propongo es una nueva epistemología. Una epistemología que considere no sólo los problemas y medios de resolución científica que una disciplina pueda proporcionar para resolverlos. Así, el tercer plano dialéctico es:

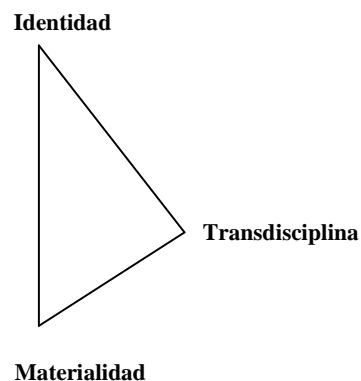


Figura 4. Segundo plano dialéctico sintetizado.

La transdisciplina es la integración y no la suma de marcos conceptuales y pragmáticos que explican lo social, lo que implica redefinir las epistemologías en una sola; no se trata de las ciencias sociales, se trata de trabajar desde la ciencia social (Soto, 2006), que comprende todos

aquellos factores que por principio de incertidumbre y probabilidad, impactan en el desenvolvimiento de cualquier manifestación social.

Con lo anterior se reafirma la importancia del trabajo de cooperación entre profesionistas de distintas áreas, ya que, por contradictorio que parezca, la especialización sigue siendo fundamental para el desarrollo de la ciencia social. Dicha especialización obedece a la complejidad misma de la realidad, ya que esta es tan inmensa, que sería imposible aprehenderla por el trabajo de un solo pensador. En este sentido, lo infinito de lo social exige centrarse en temáticas específicas, en problemas focalizados, los cuales rebasan su solitaria resolución si se consideran complejos y universales. Así, el trabajo de cooperación científica permite resolver la limitada comprensión disciplinar, donde no se es necesario ser historiador, economista, politólogo y psicólogo social al mismo tiempo y por decreto para poder abordar temas que requieren la aportación de todas y cada una de ellas gracias a la cooperación científica, así como tampoco, el compartir la misma espacialidad y temporalidad entre los diferentes especialistas en las temáticas de interés. Sin duda, la sociología de la ciencia ha confirmado ya la importancia que lo anterior ha tenido y sigue teniendo para el devenir del pensamiento científico.

El tercer plano dialéctico

Los presupuestos mencionados en la propuesta de un modelo teórico de manera gráfica y por planos dialécticos, sin embargo, aún no han sido resueltos. Una vez más, es importante un preámbulo para lograr cerrar el ciclo abierto en este apartado.

Para las posturas positivistas, recalcitrantes y tradicionalistas, los principales logros de la ciencia son el control y la predicción de los fenómenos a estudiar. Estas dos premisas científicas se fundamentan en la creencia de que sólo hay un camino y un método para llegar a la verdad, y por lo tanto, un proceso para la construcción de marcos explicativos de sucesos recurrentes, conocidos como leyes científicas.

Este camino es la inducción. Partiendo de la observación y de la experiencia, el científico bien

intencionado sube al nivel de construcción de enunciados lógicos que den cuenta de las características de determinados fenómenos o cosas en circunstancias específicas, que por su correspondencia de ser ciertos en repetidas ocasiones, ya sea por reproducción artificial del investigador o por naturaleza misma, se convierten en generales. Estos enunciados generales se han convertido ahora en leyes, leyes irrefutables, según este inductivismo, porque tienen su fundamento en la realidad ya que fueron aprehendidos por el científico por medio de su imparcial observación y convertidos en teorías lógicas que corresponden a ella (Porfirio Miranda, 1994). Cuando es posible la construcción de enunciados generales que den cuenta de las leyes bajo las cuales se rige el universo, ahora el científico baja nuevamente a la realidad para manipularle, o por lo menos predecirle, a antojo.

Sin embargo, asumir que por medio de la experiencia y los sentidos es posible construir silogismos (capacidad cognitiva de todo ser humano sin limitaciones genéticas o fisiológicas), del tipo donde todos los fenómenos A, con características B producen siempre un resultado C, es asumir también que la tarea científica carece de juicios teóricos y morales. La ciencia se convierte, desde la acepción inductivista ingenua, en una actividad neutra, y por lo tanto, en una actividad que sobrepasa los intereses y prejuicios del científico para que pueda dar cuenta de la verdad, finalidad última de la ciencia.

Esta visión es precisamente ingenua por la esencia de sus fundamentos filosóficos (Chalmers, 1999), ya que la observación, más que ser un proceso sensorial basado en la mera reflexión de luz sobre la superficie de los cuerpos, que al chocar con la retina provocan estímulos eléctricos y químicos en el cerebro permitiéndole recrear imágenes, está sumamente influenciada por varios factores más que, a fin de cuentas, provocan hacer una insoslayable interpretación de lo que se observa. El empirismo se equivoca al considerar a la experiencia simplemente como un proceso por el cual interactúan nuestros sentidos con la realidad, considerándoles además como nuestras principales fuentes de información y comprensión del mundo.

Extender de más esta discusión parece inútil, primero por no ser la finalidad precisa y segundo porque se considera, aunque importante, ya superada. Sin embargo, dicha exposición sírvase como pretexto.¹ Primero para aclarar que la transdisciplina no es para nada sinónimo de eclecticismo o de científico social como sinónimo de sabio, esto porque se presiente una posible confusión del término al haber hecho la exposición de los dos primeros planos dialécticos y segundo, por ser la síntesis práctica y teórica de ambos, es decir, la justificación teórica y metodológica del problema de investigación.

Si es falso que los sentidos interactúen vía la experiencia con la realidad por sí solos para producir un conocimiento verdadero y neutro del universo, ¿qué es entonces lo que produce la interpretación de lo vivido? Sin duda, la razón, aquella entidad psíquica del hombre que no sólo aporta elementos a la interpretación de los hechos, sino que además, es por medio de ella que se construyen las explicaciones que conforman el conocimiento de todo lo que le rodea, de él mismo y de la realidad que produce (Porfirio Miranda, 1994). Así, por distintos medios y técnicas para la investigación, la razón influye en el proceso de la experiencia, ya sea al realizar un experimento de laboratorio, un trabajo de campo, una encuesta o una entrevista. El proceso es construido racionalmente, pero no únicamente en el entendido de que la investigación es una actividad ordenada y claramente dirigida a finalidades y objetivos específicos, sino en el entendido de que en todo el proceso de producción científica la razón va construyendo las interpretaciones y el conocimiento fruto de esta actividad.

Aquí se asume a la razón como un proceso de constante significación y resignificación del universo, de la esencia del ser (Szilasi, 1949)² y

¹ En su significado etimológico, *prae*: antes, delante, *textus*, de *téxere*: tejer, es decir, antes de tejer la explicación de la identidad material campesina, finalidad de esta tesis.

² Para Wilhelm Szilasi, desentrañar al ser por medio de los recursos del *logos*, comprenderle, es a lo que se dedica la ciencia, sosteniendo incluso que por ello, en el entendido de que la ontología y la metafísica son ramas de la filosofía, en realidad no hay una división entre filosofía y ciencia, sino por el contrario, que la ciencia es un trabajo filosófico con sus propias características y métodos para comprender al ser. Aquí se concuerda con la idea de que la ciencia o las ciencias y sus disciplinas, desde la visión clásica griega, son en

de aquellas quimeras del conocimiento imposibles de experimentarse más que vía la razón misma. Un proceso que sin embargo, no es autónomo, ya que la tarea de significar al ente, para resignificarle en el ser, está fielmente acompañada por elementos como la ética y la ideología. La experiencia y la razón entonces van dirigidas por la existencia. La interpretación de la experiencia es sin duda producto de juicios, que no son otra cosa más que manifestación de un marco de valores, principios y discursos aprendidos acordes a un contexto social e histórico específico del cual es parte el que razona (Porfirio Miranda, 1994).

A la racionalidad científica, si es que es posible diferenciarla, el principal elemento que le acompaña es la teoría (Chalmers, 1999). Estos corpus de conceptos y oraciones, que al irse interrelacionando entre sí crean explicaciones de la realidad como un proceso de su construcción, son el precedente de la investigación y por lo tanto de la observación y la experiencia científicas. Así es como la razón construye el conocimiento de la realidad, ya que para hacerlo necesita precisamente de todos los elementos necesarios para poder construir explicaciones diversas. Ahora bien, este proceso no sucede o se realiza por decreto, en realidad, es imposible razonar y por lo tanto explicarse y desenvolverse en el universo sin los fundamentos que permitan darle significado e interpretación. La teoría es esencial para la experiencia, de hecho, la dirige a tal grado que determina no nada más las interpretaciones y conclusiones finales de una investigación, sino además los problemas de investigación y los caminos a seguir para resolverlos (Khun, 2004).

Con lo anterior no se pretende decir que la experiencia deje de ser un elemento importante para realizar explicaciones de problemas científicos. Por el contrario, como se asumió ya en este ensayo, sería complicado y coartado el intento por comprender al ejidatario renuente a vender su parcela si no hay un acercamiento constante a su realidad, abordándole vía el lenguaje y su cosmovisión con herramientas y procedimientos especializados, si nada más se

realidad filosofías especiales, no en el sentido de que se hallen al servicio de la filosofía, sino en aquel en el cual son entendidas como su continuidad y cumplimiento concreto, "palpable".

parte de supuestos deductivos. Cuando se asume que la teoría guía a la experiencia, evidentemente se determina su subsunción inevitable a la existencia (Szilasi, 1949), mas, no se niega su importancia para la retroalimentación teórica.

Hay que aclarar que se parte de la idea clásica griega para una propuesta de racionalidad científica, la cual no refiere a la idea ilustrada, liberal y equivocada del progreso y bienestar de la humanidad gracias a la ciencia y sus resultados, sino como un proceso cognitivo de construcción de argumentaciones y explicaciones del universo y sus distintos elementos. Una definición cercana al logos, entendida como un discurso interno, como pensamiento, y que como tal, consiste en asignarle códigos a aquello que se está discursando internamente. En este sentido, parecería que el trabajo científico tiene pocas diferencias al conocimiento cotidiano. En esencia, el proceso de explicación del universo por medio de la razón, el lenguaje, es el mismo, sin embargo, los medios del proceso es lo que diferencia a ambos y por lo tanto el conocimiento o la resignificación resultantes. Dichos medios son el método o métodos utilizados por estas filosofías específicas, es decir, el *tékhnē* propio de un *areté* científico.

El *tékhnē* socrático no es sinónimo de técnica como un proceso meramente mecánico, donde la técnica actúa solamente en una linealidad de control o apropiación de la naturaleza mediante distintas herramientas, intermediando la simple actividad empírica. El *tékhnē* es varias reglas, métodos o medios para realizar una actividad específica bajo conocimientos específicos (Poratti, 2006), los cuales no provienen de la nada. Así, el *tékhnē* se entiende también como parte de una serie de habilidades propias de un virtuoso, no entendidas sólo como la capacidad para realizar una actividad específica, sino también como lo propio de quien es muy bueno para la realización de determinadas acciones. *Areté* (la virtud) y *tékhnē* son insolubles, la ciencia es entonces, y también, un tipo de arte.

Como todo artista, la mejora de la técnica (en el término coloquial artístico) se logra sólo mediante la práctica. He aquí la importancia del trabajo de campo, entendiéndole en dos sentidos, como físico y simbólico, donde el físico puede ser la comunidad, la muestra probabilística o le

laboratorio, por ejemplo, y simbólico, cuando este es el papel para el ensayo teórico o la calculadora y el pizarrón para las fórmulas de la física teórica, por ejemplo. Esto porque permite aplicar precisamente todos esos medios y herramientas que guiadas por el conocimiento, hacen posible, en retrogrado, construir y reconstruir conocimiento.

No son los sentidos entonces, los principales medios o canales de interacción con la realidad que el científico tiene para poder aprehenderle y explicarle. Sus principales canales son toda una serie de herramientas, técnicas, instrumentos diseñados racionalmente y bajo presupuestos teóricos y metateóricos que le permiten al estudioso de la realidad social crear una serie de discursos, que al interrelacionarse tratan de explicarla, es decir, retroalimentar la teoría.

Así, la experiencia guiada teóricamente no es más que la *tékhnē* socrática llevada a la ciencia moderna, ya que le requiere precisamente para su práctica y para producir los resultados que todo artista de la ciencia necesita para resolver sus dudas. Esta práctica no es otra cosa que el método, y por principio filosófico, metateórico antepuesto, se sigue insistiendo en el método dialéctico como el viable para la solución de estos problemas, en un ir y venir de lo concreto a lo teórico para crear, hasta suponerse concluido, la explicación de la identidad campesina o identidad material campesina. Un ir y venir en forma de espiral que siempre que regresa a uno de estos puntos del proceso de explicación, lo hace trastocándolos, al grado de que el conocimiento inicial de lo concreto se transforma al final de la investigación, ya que en medio de cada vuelta se interpuso la práctica científica, el método. La ciencia, así, está compuesta por una filosofía, una teoría y una técnica correctas. La comprensión de la identidad campesina necesita prescindir, en conclusión, de los insípidos abordajes empíricos positivistas y de las altaneras explicaciones contemplativas académicas.

Ahora bien, ¿cómo elegir la filosofía, la teoría y la técnica correctas? No hay que olvidar que la ciencia social está plagada de múltiples explicaciones teóricas con variados sustentos filosóficos de problemas también variados. Lo anterior al grado de que sobre un mismo problema, puede haber también distintas

explicaciones dependiendo del enfoque, y por lo tanto, distintas maneras de resolverle con técnicas también distintas. La respuesta es más amplia si se rebasa la idea simplona de escoger lo que simplemente parezca más adecuado. Esto porque el *tékhnē* es, como se había comentado ya, una característica y elemento del *areté*, el cual, cómo virtud, consiste no sólo en la pericia o maestría de la aplicación de técnicas y conocimientos para realizar actividades con resultados específicos, sino además de asumir todo el papel que implica ser el maestro en determinado arte.

Es precisamente por esto que se sostiene la idea de que la experiencia y la razón científica, intermediadas por el *tékhnē*, son producto de la existencia, es decir, del devenir histórico del pensador. El *areté* se obtiene socialmente, es producto de una serie de interacciones sociales a las cuales la persona, que termina dedicándose a la investigación, es sujeta. Así, la visión teórica y la participación científica que se tengan dependerán de la formación que se haya recibido y por lo tanto su autodeterminación como cierto tipo de científico social, como cierto tipo de virtuoso. Definitivamente es muy difícil que un marxista concuerde, aunque la problemática a investigar sea la misma, con un estructural – funcionalista. Los contextos dialógicos son completamente diferentes, no contrarios, simple y sencillamente, son otras realidades las que abordan. Pero lo que determina la formación de un investigador social, si se es de una escuela o paradigma determinado, va a depender también de las circunstancias, del momento y el lugar históricos en el cual el científico se formó. No es lo mismo ser universitario latinoamericano en los sesenta que un universitario norteamericano. Definitivamente, ese aspecto de mera probabilidad del lugar donde le tocó vivir, puede llegar a determinar el hecho de ser un marxista – leninista o bien un científico estructural – funcionalista, y del mismo modo, para nada, y más después de la gran revolución cultural del 68, tendrán una perspectiva exactamente igual un estudiante latinoamericano de la actualidad, crítico, de izquierda, que aquel que fue producto de todo un contexto coyuntural donde el mundo era considerado, política y económicamente hablando, bipolar, aunque también sea crítico y de izquierda.

En ese sentido, la visión que se tenga de lo social depende de la formación académica, la cual puede ser resultado de muchos factores: de la universidad donde se haya estudiado, del país o región, del momento, del idioma, de la cultura en donde se forma y de las lecturas (como sinónimo de interpretaciones) que se revisaron sobre la teoría y la realidad, etc. Ahora bien, esto determina la importancia de la individualidad para el desarrollo de la actividad científica, una individualidad, si se sigue la argumentación, producto de lo social. Las decisiones personales de la filosofía, teoría y técnica correctas son producto de todas las fuerzas sociales a las que es sometido un investigador, y todas estas fuerzas sociales no sólo determinan lo que por probabilidad haya podido aprender, sino también, los fundamentos sobre los cuales toma sus decisiones (Kitcher, 2001).

El investigador puede adoctrinarse al grado de no querer ver más allá de su teoría. Puede cerrarse tanto debido a la formación que obtuvo, que lo que termina por hacer es repetir una y otra vez los estudios reafirmando el corpus de conceptos que le dan explicación al ente o entes que aborda, dándole cierta estabilidad cognitiva. Sin embargo, esto no quiere decir que no pueda entrar en disonancia con sus viejas estructuras teóricas y filosóficas, al grado de cambiar hasta la manera de entender y significar la realidad y las técnicas para abordarle. Esta disonancia puede ser producto de experiencias de todo tipo: desde giros históricos importantes que van marcando cambios en la realidad que vive y estudia, llevándole a entender que ya no está en los viejos tiempos que intentaba explicar; como hasta el hecho de que simple y sencillamente, estaba equivocado, debido al contacto con más explicaciones y explicadores, o por qué no, por principios tan personales como el reconocimiento o la recompensa monetaria, no hay que olvidar que en los medios académicos, se premian y se consideran sólo aquellos discursos científicos que se decretan, por autoridad, los correctos o adecuados, al grado de definirse dentro del discurso hegemónico ya que la determinación de sus acciones es en términos de medios y fines (Kitcher, 2001).

Pero independientemente de que el científico social sea doctrinario y monótono (y mono – tono) o bien crítico y sarcástico, o posea una

visión hegemónica y exitosa o una visión comprometida, siempre tendrá, lo que desde sus perspectivas considera, una filosofía, una teoría y una técnica o serie de técnicas correctas. Todo, por lo expuesto anteriormente, por sus principios, valores, afectos, ideología, compromisos políticos, económicos, académicos, etc. Por lo tanto, y en derivación, el eclecticismo es una mera quimera imposible de formalizarse vía la práctica, ya que es sumamente complicado que un investigador social coja todo discurso teórico y filosófico que se le ponga en frente para realizar sus trabajos. Primero porque hay discursos que, como ya se mencionó, son simplemente cosmovisiones completamente inconmensurables (Khun, 2004), y segundo, por la existencia del investigador que determina su formación. La ciencia es un arte de escuelas, convicciones y compromisos.

Así, la transdisciplina integra las interpretaciones de múltiples estudiosos sociales respecto a temáticas específicas en áreas también diversas, pero es muy complicado, que de todos los trabajos de apoyo de los que se puedan echar mano, se tomen aquellos que pertenezcan a paradigmas completamente inconmensurables. Si para resolver una problemática es necesario abordar su dimensión económica y su dimensión subjetiva, requiriendo los discursos de las posturas teóricas que refieren a estas temáticas, sería muy complicado que se retomen discursos dislocados ya que pertenecen a cosmovisiones o filosofías distintas. Siempre habrá una decisión y determinación de lo que se cree correcto para la problemática escogida.

Pero todo lo anterior también supone que la realidad es compleja, que no es fragmentada, aunque por necesidad, tenga que abordarse así, por su complejidad misma, por lo difícil que es estudiarlo y saberlo todo. En ese sentido, cuando se hecha mano del trabajo de otras disciplinas respecto a los problemas y entes que se interrelacionan y afectan con el ente a investigar, se está reconociendo su universalidad, sin embargo, esa universalidad no quiere decir que tenga que explicarse o significarse bajo una combinación absurda de conceptos y códigos, o en otras palabras de cuanta teoría pueda ser citada, sino por el contrario, bajo aquellos discursos con los cuales se concuerda por principio existencialista (investigador), y que

concuerdan entre sí, por principio epistemológico y óptico (filosofía y teoría).

Este es, desde un punto de vista muy particular, uno de los grandes retos actuales en las ciencias sociales, ya que si se parte, hoy día, de que la realidad es compleja y de que el trabajo disciplinario, solitario, lo único que ha logrado es limitar su justa dimensión universal, lo complicado es construir puentes entre las visiones teóricas de disciplinas que nunca fueron diseñadas, o siquiera pensadas, para trabajar en conjunto, como la economía política y la psicología social.

La transdisciplina, necesaria para el abordaje complejo, no implica únicamente retomar los resultados, conclusiones, técnicas y datos producidos por las diferentes disciplinas que puedan aportar a la comprensión de las temáticas o realidades concretas a las que el investigador se refiere, implica también enfrentarse con aquellas filosofías o discursos que definen precisamente todos esos elementos de las disciplinas. Si se sostiene que la negación a la desapropiación ejidal es consecuencia de todo un contexto social histórico determinado a niveles de totalidad y de lo concreto, y que la mejor manera de hacerlo es por medio del trabajo histórico, y del mismo modo, que uno de los factores implicados es la identidad del campesino y su arraigo a la tierra, y que de igual manera dicha identidad es material y que para poder explicarle es necesario el trabajo transdisciplinario, ¿qué disciplinas deben participar para contestar el problema de la presente investigación? O más importante y complicado aun ¿qué discursos teóricos deben guiar la resolución de la problemática, negación a la privatización ejidal, si de antemano se asume que es limitado hacerlo sin considerar su complejidad?

Todo lo anterior produce un tercer plano dialéctico, que no es otra cosa que la síntesis de cada uno de los dos primeros planos, *talidad nacional – realidad concreta y materialidad – identidad*, que no quedan resueltos si no se especifica la filosofía, teoría y técnicas correctas para tratar la historicidad y los procesos económicos y subjetivos que la negación a la desapropiación ejidal requiere. La propuesta, o propuestas son:

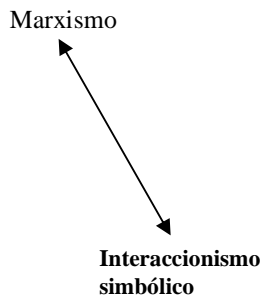


Figura 5. Tercer plano dialéctico.

Para el primer plano dialéctico, la teoría o paradigma marxista es de suma utilidad, por un lado, permite el abordaje de la totalidad que es el sistema capitalista, así como el de la realidad material campesina y su historicidad, y por otro lado, el interaccionismo permite abordar a nivel micro, con sus técnicas y principios teóricos, la historia específica de una comunidad, además de ser una teoría que explica la construcción de las identidades como parte de los distintos roles sociales que los individuos juegan en sociedad.

Si los dos primeros planos dialécticos no se sintetizan por el tercer plano dialéctico, darían un análisis limitado de la problemática campesina y su relación con la propiedad. De manera gráfica, esta realidad se interpretaría plana, insulsa, ya que no considera todos los elementos implicados que estos fenómenos sociales acarrearán. Si nada más se consideran, sin tomar en cuenta las implicaciones teóricas y filosóficas, la práctica y sus resultados de diferentes disciplinas, sin haber una verdadera integración de sus marcos conceptuales, no tendremos un verdadero trabajo transdisciplinario útil, que dé posibilidades de resolver los problemas de investigación. Lo que nos da como resultado es una mera suma de discursos e interpretaciones dislocados:

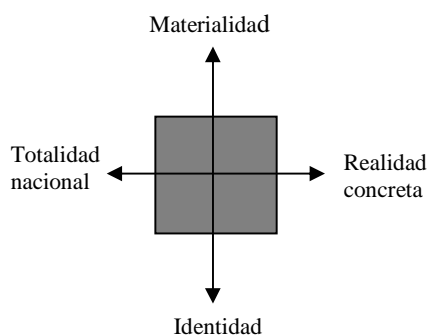


Figura 6. Realidad campesina al cuadrado. Sin integración transdisciplinaria.

Donde el cuadro en gris representa precisamente a aquellos ejidatarios o comunidades que se niegan a deshacerse de su parcela en el contexto neoliberal en México, pero sin embargo, plano y sin considerar en realidad, la complejidad del problema.

Hacer un esfuerzo para encontrar un puente entre el marxismo y el interaccionismo simbólico resolvería y superaría una explicación bidimensional y por lo tanto limitada. Si se ha venido sosteniendo que el lenguaje, como proceso subjetivo y psicosocial es fundamental para la construcción de las identidades (Mead, 1993), este proceso de pensamiento puede ser también el punto de unión entre ambas teorías (Fernández Christlieb, 1994), ya que como sostiene Marx (Marx y Engels, 1987), el lenguaje es la forma de la conciencia, producto de lo material y de la división social del trabajo. Al resolver este punto de encuentro, al presentarlo y desarrollarlo como el tercer plano dialéctico, permite que la explicación de la negación a la desapropiación ejidal sea, precisamente, en su justa dimensión:

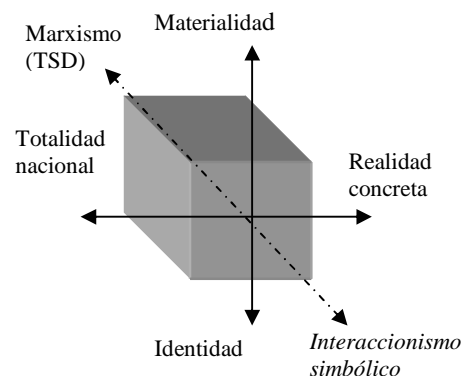


Figura 7. Realidad campesina al cubo. Con integración transdisciplinaria.

Si se logra resolver o bien aclarar la compatibilidad discursiva de ambas teorías, lo que se obtiene es precisamente un modelo teórico que permite dar cuenta de la problemática campesina y su relación con la propiedad en todos sus flancos o planos, no se abordaría sólo uno, como el económico – político, que lo único que mostraría es un lado o cara de la realidad cúbica campesina; así como evitaría también que se tratara nada más otra de sus caras o superficies, abordando únicamente sus aspectos subjetivos y microsociológicos. Y con todo, si no hay una

verdadera intención de rebasar las supuestas fronteras entre disciplinas como la ciencia política, la economía y la psicología haciendo uso discriminado de sus corpus de conceptualizaciones teóricas, se sigue sin abordar todas las perspectivas, en términos gráficos, de esta compleja problemática.

Las líneas en la figura 7 son una ideografía del proceso racional, de análisis, para dilucidar el problema de investigación aquí planteado, siendo el eje sobre el cual giran los dos primeros planos dialécticos la transdisciplina, representada por la línea punteada:

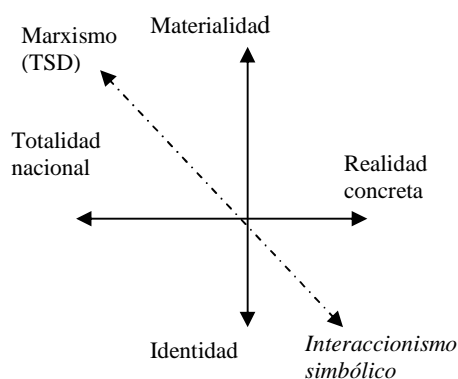


Figura 8. Tercer plano dialéctico sintetizado.

El cubo en gris, por otro lado, representa al problema en sí, al ente, es decir a las comunidades o ejidatarios en negación a la desappropriación ejidal.

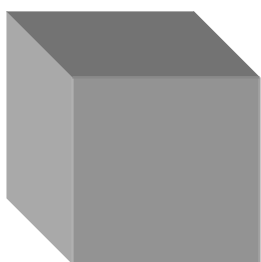


Figura 8. Realidad concreta, comunidad o campesino.

En este entendido, este ensayo es la presentación de este cubo, del problema de investigación, aún sin entenderle, sin construir su explicación, el siguiente paso es precisamente el que comprende

las líneas que le atraviesan dándole su característica cúbica, es decir, el proceso de hacer los cortes necesarios para ir construyendo, sin perder siempre de vista su composición tridimensional y por lo tanto compleja, la explicación del mismo. Estos cortes no son otra cosa que las dos primeras dimensiones dialécticas referentes a la totalidad y la realidad concreta, particular, y a la materialidad y espiritualidad implícitas en el problema de investigación. Así, en el proceso de análisis deben irse borrando, poco a poco y sistemáticamente, dichos cortes analíticos para volver a conformar la tridimensionalidad del cubo o la realidad concreta, es decir, se debe concluir precisamente donde se inició, pero ahora con un corpus que explique las dudas planteadas en este trabajo y por lo tanto con la comprensión del problema, es decir, con la explicación de la esencia del ser. Este paso, que en realidad es un proceso de estudio, de investigación, es la tercera dimensión dialéctica.

Pero no se puede cerrar esta presentación sin comentar, que sin embargo, todo lo anterior es sólo una propuesta, que si bien puede no ser la mejor, con todo, aquí se considera útil para los propósitos de estudio. El principio de incertidumbre, sustantivo de la realidad campesina obliga a asumir, que por el momento, esto es lo mejor que se puede decir sobre la negación a la desappropriación ejidal desde el punto y tiempo en el que se encuentra quien escribe.

LITERATURA CITADA

- Aguirre Rojas, C. A. 2004. **Antimanual del mal historiador. O como hacer una buena historia crítica.** Cuba, Centro de investigaciones y desarrollo de la cultura cubana Juan Marinello, 5ª ed.
- Aguirre Rojas, C. A. 2005. **La escuela de los Annales.** Ayer, hoy, mañana. México, editorial Contrahistorias, 7ª ed.
- Aguirre Rojas, C. A. 2006. **Retratos para la historia. Ensayos de contrahistoria intelectual.** México, editorial Contrahistorias.
- Bloch, M. 1994. **Introducción a la Historia.** México, Fondo de Cultura Económica, 3ª edición.
- Calva, J. L. 1998. **Los campesinos y su devenir en las economías de mercado.** Siglo XXI. México.
- Chalmers, A. F. 1999. **¿Qué es esa cosa llamada ciencia? Una valoración de la naturaleza y el**

- estatuto de la ciencia y sus métodos.** México, Siglo XXI, 23ª ed.
- Christlieb, P. F. 1994. **La psicología colectiva un fin de siglo más tarde.** México, Anthropos.
- Concheiro, L. y R. D. Quintana. 2001. **Una perspectiva campesina del mercado de tierras ejidales.** Siete estudios de caso. México, UAM-X.
- Concheiro, L. 2001. **Mercado de tierras ejidales en el ejido de Santa Inés Oacalco, municipio de Yautepec, estado de Morelos.** En Concheiro, L., y R. D. Quintana. (Coord.), Una perspectiva campesina del mercado de tierras ejidales. Siete estudios de caso. México: UAM-X.
- . **El obrero revolucionario.** 2002. **Los campesinos luchadores de San Salvador Atenco.** Obrero Revolucionario #1160, 28 de julio, 2002. (En línea). Disponible en http://revcom.us/a/v24/1151-1160/1160/atenco_s.htm.
- Figueroa, V. M. 1986. **Reinterpretando el subdesarrollo. Trabajo general, clase y fuerza productiva en América Latina.** México, Siglo XXI.
- Figueroa, V. M. 2005. **América Latina: descomposición y persistencia de lo campesino.** En Problemas del desarrollo. Revista latinoamericana de economía. Vol. 36, año XII, México, UNAM, agosto del 2005.
- Hansen, R. D. 1996. **La política del desarrollo mexicano.** Siglo XXI, 7ª ed. México.
- . INEGI. Estados Unidos Mexicanos. Censo Agropecuario. 2008. **IX Censo Ejidal.** Aguascalientes, Ags. 2008.
- José Gutiérrez. 1999. **Comunidad Agraria y estructura de poder.** En Roger Bartra, et al. *Caciquismo y poder político en el México rural.* México: Siglo XXI. 2ª edición.
- Khun, T. S. 2004. **La estructura de las revoluciones científicas.** Fondo de Cultura Económica, 2ª ed. México.
- Kitcher, P. 2001. **El avance de la ciencia.** Instituto de investigaciones filosóficas-UNAM. México.
- Kosik, K. 1967. **Dialéctica de lo concreto.** Grijalbo. Argentina.
- López Sierra, P. y J. Moguel. 1998. **La reforma ejidal en el Istmo de Tehuantepec. Los casos de Charis y Emiliano Zapata.** En Moguel, J. y J. A. Romero. (Coord.), Propiedad y organización rural en el México moderno. México, Juan Pablos Editor.
- Marx, K. y F. Engels. 1987. **La ideología alemana.** Grijalbo. México.
- Marx, K. 2001. **Contribución a la crítica de la economía política.** En Paradigmas y utopías. Línea de masas. México, Revista del Partido del Trabajo, No1, marzo 2001.
- Mead, G. H. 1993. **Espíritu, persona y sociedad.** Desde el punto de vista del conductismo social. Paidós, 1993. México.
- Pérez, R. 2001. **Mercado de tierras ejidales: el caso de San Juan Huiluco, municipio de Huaquechula, región e Atlixco, estado de Puebla.** En Concheiro, L., y R. D. Quintana. (Coord.), Una perspectiva campesina del mercado de tierras ejidales. Siete estudios de caso. México: UAM-X.
- Poratti, A. R. 2006. **Teoría política y práctica política en Platón.** Biblioteca virtual de ciencias sociales de América Latina y el Caribe. (En línea). Disponible en <http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/biblioteca/fbiblioteca.html>, 15 de agosto del 2006.
- Porfirio Miranda, J. 1994. **Apelo a la razón. Teoría de la ciencia y crítica del positivismo.** UAMA. México.
- Quintana, R. D. 2001. **Lucha agraria y mercado de tierras en Telolotla, municipio de Zihuateutla, en la sierra norte de Puebla.** En Concheiro, L., y R. D. Quintana. (Coord.), Una perspectiva campesina del mercado de tierras ejidales. Siete estudios de caso. México: UAM-X.
- Rionda, J. I. 2008. **Migraciones internacionales y sus efectos regionales en México.** España. UMAED, Aportaciones a las Ciencias Sociales. (En línea). Disponible en <http://www.eumed.net/libros/2006b/jirr-06/1A.htm>, 26 de noviembre del 2008.
- Romo, L. 2001. **Mercado de tierras ejidales desde la perspectiva del campesinado. El caso del ejido Buaysiacobe en el estado de Sonora.** En Concheiro, L., y R. D. Quintana. (Coord.), Una perspectiva campesina del mercado de tierras ejidales. Siete estudios de caso. México: UAM-X.
- Soto, J. 2006. **Psicología social y complejidad. México.** Plaza y Valdés, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Szilasi, W. 1949. **¿Qué es la ciencia?.** Fondo de Cultura Económica, México, 1949, 1ª ed.
- Tajfel, H. 1997. **La estructura psicológica de las relaciones intergrupales.** México, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Psicología de la UNAM, Traducción y selección: Javiedes, L. M.
- Valenzuela, J. M. 1998. **El color de las sombras. Chicanos: Identidad y racismo.** Coed, El Colegio de la Frontera Norte y Ed. Plaza y Valdez. México.
- Varo Berra, R. 2002. **La reforma agraria en México desde 1853.** Sus tres ciclos legales. Juan Pablos Editor. México.
- Víctor M. Quintana S. 2003. **El círculo vicioso del Tratado de Libre Comercio de América del**

Norte. La amarga experiencia mexicana del agro. *Globalización, revista mensual de economía, sociedad y cultura, mayo, 2003, consultado el 24/08/2004* en <http://www.rcci.net/globalización/2003/fg345.htm>

Wallerstein, I. 2002. **Conocer el mundo. Saber el mundo. El fin de lo aprendido.** Una ciencia social para el siglo XXI. Siglo XXI, 2ª ed. México.

Warman, A. 2001. **El campo mexicano en el siglo XX. México.** FCE.

Zafra, G. y E. S. González. 1998. **La reforma del ejido de Tuxtepec. Campo y campesinos en San José Chiltepec, San Bartolo y Santa Catarina.** en Moguel, J. y J. A. Romero. (Coord.), Propiedad y organización rural en el México moderno. México, Juan Pablos Editor.

Jesús Moya-Vela

Licenciado en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Maestro en Ciencia Política por parte de la Unidad Académica de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Zacatecas.